Amistad: desafío y meta¹

Eva Carlotta Rava²

La adolescencia y la juventud son el tiempo de la amistad. En una etapa de la vida bastante difícil y bella, en la cual todas las energías físicas, psíquicas, espirituales se abren. La amistad se vuelve una realidad particularmente importante y significativa porque está ligada a la elaboración de la propia identidad y a la búsqueda de un ideal al cual donarse.

De lazos obligados a amistades buscadas

En esta fase evolutiva la amistad tan deseada es una zona de paso, una transición entre el mundo doméstico un poco estrecho (cuando existe) y el amplio mundo de las relaciones sociales: del trabajo, del compromiso social y político, de la tierra futura en la que cada uno está llamado a ahondar sus raíces³. El ámbito en el cual el adolescente se encuentra ya no es más solamente el de los suyos, de la escuela o de la parroquia, como se daba cuando era niño y los lazos eran casi dictados por las circunstancias, sino un ámbito más amplio en el cual comienzan las primeras relaciones más libres, fruto no solamente de encuentros más o menos casuales sino de elecciones personales que preparan al adolescente a insertarse en el mundo más amplio y más complejo de la vida social. El adolescente toma distancia de sus padres y buscan definirse a sí mismo y, por ello, necesita de amigos con los cuales compartir no sólo la diversión, sino intereses, dificultades y proyectos. Amigos no solamente con los cuales reflejarse sino de los cuales aprender a descubrir las diferencias y encontrar estímulos por todo lo que es bueno y bello.

Hoy, a través de los medios que la actual tecnología les ofrece (internet, chat, celulares, sms...) los adolescentes socializan muy rápidamente. Pero estas

¹ RAVA, Eva Carlotta, «Amicizia: sfida e traguardo» en *Tredimensioni* 5(2008) 49-55. Traducción: Graciela Beatriz Armada para el Curso *Psicología del Desarrollo Humano*. Escuela para Formadores «María, Madre de los Consagrados, Córdoba, Argentina (2012).

² Docente de Teología Espiritual, Pontificia Universidad Lateranense, Roma.

³ Cfr. J. Vanier, *Toute personne est une histoire sacrée*, Plon, Paris 1994, p.115.

relaciones son frágiles y superficiales: la persona no se ve implicada en su totalidad. Si nos vemos es a través de una pantalla, si nos hablamos es por medio de audio y micrófono. A menudo son sólo relaciones virtuales y no un contacto concreto, directo que brinde realidad, consistencia y resistencia a las relaciones interpersonales.

Además, en la sociedad de hoy el desarrollo de la amistad encuentra dificultades particulares. La familia como núcleo estable fundado sobre relaciones de amor duradero está en crisis. Prevalece el individualismo que lleva a la absorción del yo en el propio clima psicológico. La vida social y política a menudo revela la ausencia de valores y modelos de vida que superen las motivaciones de la utilidad o del placer. Este desorden social que el adolescente percibe es acrecentado, luego, por la confusión interior que el mismo con frecuencia vive, obstaculizando posteriormente relaciones sanas y constructivas.

En este contexto la amistad de los jóvenes y de los adolescentes corre más que nunca el riesgo de volverse un mundo cerrado en el cual buscar refugio, detrás de cuyas paredes esconderse; una experiencia que desilusiona, hecha de aturdimiento, excitación y falta de compromiso. La amistad se vuelve entonces complicidad, desesperación, una nueva forma de aislamiento y de vacío.

Sin embargo, el adolescente y el joven tienen siempre algo bueno y precioso para donar a los demás, cualidades de las cuales frecuentemente son inconscientes. En muchos casos la falta de verdaderos amigos no se debe a una baja consideración de la amistad sino a un exceso de timidez y/o inseguridad, a una baja autoestima que les impide mostrarse en su autenticidad y belleza, y crear relaciones verdaderas. Se esconden detrás de máscaras para ser aceptados por el grupo: el sufrimiento y el escepticismo de muchos adolescentes nace de la ausencia de confianza en sí mismos.

Si la amistad para el adolescente es una riqueza especial, es porque él necesita sentirse sostenido, apoyado, confirmado; ella ofrece seguridad, calor, los hace audaces y les permite aceptar los riesgos de aquello que se comienza. Con los amigos nos sentimos capaces de afrontar todo⁴. En efecto, la experiencia muestra que sin amigos no podríamos perseverar en tareas particularmente difíciles, nuestras jornadas no serían tan alegres, ni lograríamos nuestras más queridas metas; en resumen no seríamos lo que somos. Nos damos cuenta que la amistad nos confiere identidad y es una fuerza poderosa en nuestro crecimiento. Pero, ¿por cuáles motivos? ¿Y con cuáles condiciones?

La amistad no es ni espontánea ni casual

Si la amistad es una de las relaciones interpersonales más significativas de la existencia, más constructivas (o destructivas) para el desarrollo de la persona,

⁴ Incluso las malas acciones morales. San Agustín habla de la *amistad enemistadísima* («amicizia inimicissima») que, en la infancia, lo llevó a robar peras solamente por el placer de robarlas con otro (*Confesiones* 2, 9, 17).

se debe a su naturaleza profundamente humana. Contrariamente a lo que pensamos, la amistad no es un simple fruto de la espontaneidad, no es una atracción del momento y tampoco un hecho de sensibilidad. La amistad, así como la entendía Aristóteles, es (como la flor) la gratuidad de la virtud. No se funda sobre la utilidad o el placer que cambian continuamente, sino sobre la estabilidad de la virtud, sobre el valor mismo del amigo, sobre su bondad. Por ello en la juventud la amistad está bajo tensión: por un lado los jóvenes quieren pasar juntos los días y la vida entera con quien aman, esperando obtener aquel compartir propio de la amistad, por otro lado, tratándose de una edad en la que prevalece la búsqueda del placer y del placer inmediato, la amistad cambia junto con el mutar de lo que da placer; los jóvenes se enamoran y dejan de amar rápidamente⁵.

Para que la amistad sea capaz de acompañarnos a través de nuestra existencia, debe estar enraizada no sólo en la sensibilidad sino también en el corazón con toda su capacidad de interioridad, de donación, de trascendencia. Solamente así puede nacer.

El corazón no es sólo el centro de emociones vagas. Es el núcleo más secreto de la persona donde sensibilidad y espíritu se entrelazan misteriosamente para conducir hacia lo verdadero, lo bueno, lo bello. El ser humano no es solamente materia, ni tampoco espíritu puro, es espíritu encarnado. El corazón es sede de los sentimientos más contradictorios, pero también es fuente de comprensión, de reflexión y de elección. Es el lugar de donde pueden nacer las más bellas aspiraciones del espíritu humano, pero también – parcialmente - las decisiones más destructivas. El corazón, en el bien y en el mal, lleva en sí aquella interacción entre conocimiento y tendencia, entre espíritu y materia, que le dona su singular potencia. No acaso se dijo “donde está tu corazón ahí está tu tesoro”. El corazón expresa la realidad más íntima del ser humano.

Cuando la amistad es profunda, pone sus raíces en el “corazón” y compromete totalmente. No solamente es placentera (no se hace amigos de aquellos de los cuales no se recibe ninguna alegría⁶) y requiere “un sentimiento de benevolencia y de cariño”, pero pide también “un perfecto acuerdo en las cosas divinas y humanas”⁷. La amistad en sí, en cuanto supone la virtud, está radicada en el intelecto y la voluntad; es amistad perfecta aquella de los hombres buenos y virtuosos que quieren el bien el uno para el otro. Por esto, cuesta desarrollarse en contextos equívocos mientras florece en las relaciones humanas más bellas y más profundas que unen a los hombres entre sí y hasta – en ámbito cristiano - al hombre con Dios⁸.

⁵ Cfr. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, VIII, 3, 1156a 35-1156b 1-6.

⁶ Cfr. Aristóteles, *Ibid*, VIII, 6, 1158a 5-10.

⁷ Cicerón, *La amistad*, VI, 20.

⁸ Aristóteles considera la amistad en las relaciones familiares (entre los esposos, entre padres e hijos, entre hermanos), pero excluye la amistad del hombre con Dios por la distancia que los separa (cfr. *Ética a Nicómaco*, VIII, 7, 1159a 5-7). Santo Tomás en cambio, define la caridad como la relación de amistad entre Dios y el hombre (cfr. *Suma Teológica*, II-II, 23,1).

La amistad nace de una atracción, de una sintonía cuya causa es difícil de identificar, de una complacencia que se impone como un dato tan primitivo como misterioso.

Despierta la capacidad emotiva, que suscita gozo, simpatía, amor, que infunde calor y comunicación entre las personas.

Pero requiere también una posición activa de la voluntad, una elección, una decisión, el consentimiento de dos libertades. No se trata de una actitud pasiva, un dejarse arrastrar por el afecto, sino por un acto – o mejor, de muchos actos - positivos de la voluntad libre en cuanto dos personas se aceptan recíprocamente para ser la una para la otra, centro de irradiación y de acogida.

Si falta este compromiso recíproco más profundo, la amistad verdadera no puede nacer ni desarrollarse.

El sentimiento, la simpatía, acercan a las personas de modo sensible, pero hay algo más: la unión moral, la participación decidida de las voluntades, capaz de obrar el paso de la atracción sensible y de la resonancia subjetiva al valor objetivo del otro.

Cuando nuestra voluntad - inicialmente atraída por la persona amada no sólo por sus cualidades sino por la afinidad que estas cualidades poseen con aquello que deseáramos para nosotros mismos - acepta libremente la responsabilidad del amor, las correspondencias afectivas pueden adquirir la forma duradera de la amistad. Los amigos comienzan a amarse como se aman a sí mismos, y la amistad transforma lentamente sus existencias.

Cuestión de responsabilidad interior

El “corazón” nunca es totalmente puro. En el proceso de su purificación la amistad es una escuela para amar con generosidad y dedicación. De este arte de amar, la adolescencia y la juventud son un período de aprendizaje.

Muchas relaciones de amistad llevan el sigilo de nuestros intereses egoístas y de nuestro deseo de auto-afirmación; más que una oportunidad para crecer, refuerzan nuestras debilidades y nuestra cerrazón. Es fácil que un grupo de amigos cree alrededor de sí mismo un vacío, ignorando con superioridad y arrogancia a aquellos que quedan afuera del mismo.

La amistad es un amor “centrífugo” que desea compartir con el amigo la vida y los bienes, no solo los materiales, sino también los más propiamente humanos: el diálogo, el actuar común, el interés por las metas y las penas del amigo. Es un amor que hace “salir” a la búsqueda del amigo, de su presencia física (deseamos vernos, escucharnos, estar juntos), psicológica (vamos al encuentro de sus gustos, preferencias, pensamientos), espiritual (compartimos las metas, los principios, las elecciones). Todo esto no es sólo dar del propio tiempo sino es también disponibilidad interior para trascenderse.

En una primera fase esta disponibilidad parece fácil: en el amigo nos amamos a nosotros mismos y en él percibimos “aquella carga de luz, de amor, de

vitalidad que deseamos realizar"⁹. La percepción de tener una estructura similar del alma, el compartir los gustos y los intereses es la fuerza que une pero después, si la relación se vuelve más estrecha y nos conocemos más, emergen con más claridad las diferencias y los contrastes, y hasta el mismo límite de cada ser humano.

Es aquí que nos damos cuenta que el amigo no es solamente un yo, sino *otro yo*, *otro* para el yo. La comunicación humana no elimina las diferencias y los límites ni la soledad espiritual que deriva. El amigo no es alguien que se identifica con nosotros, que responde a todas nuestras exigencias y deseos, hecho a nuestra imagen y semejanza: él tiene su modo de ser, un mundo interior, una vocación, una misión personal, intransferible, llamados a ser reconocidos, respetados, alentados, potenciados. Si la identidad y la semejanza son una cara de la amistad, la alteridad y la diferencia constituyen la otra cara¹⁰.

En esta tensión dialéctica, la amistad se revela no sólo en la gozosa gratitud del don sino también en toda la seriedad de la tarea. Las diferencias suscitan resistencia. Si por un lado un exceso de semejanza, cuando no hay identidad, lleva a interferencias insostenibles que irritan y alejan, del otro lado, un exceso de no semejanza hace difícil colmar el abismo que separa a los amigos. Llegado aquí podemos preguntarnos si la amistad es posible o es solamente una ilusión. A este punto no hay alternativa: la amistad debe crecer o corre el riesgo de morir. Rechazar la alteridad y el límite quiere decir instalarse en la rebelión. Aceptarla significa abrirse a la riqueza del otro y volverse más maduros. Determinante aquí, es saber re-dimensionar los deseos de falsa autonomía y saber controlar los impulsos de dominio y agresión.

La fuerza de permanecer

El amor entre los amigos se revela no sólo en su dulzura sino en la absoluta elección de un bien "arduo": el bien desinteresado del tú. Así, la amistad es un desafío que invita a superar cada escollo. El perdón, el reconocimiento, la paciencia recíproca, son vitales para el progreso de la amistad.

Por lo tanto, en la base de esta relación está la capacidad de la constancia, porque son muchos los razonamientos y sentimientos que podrían llevar a renunciar al amigo, quedar solos o entrelazar nuevas relaciones.

Esta capacidad de permanecer infunde seguridad y confianza. Por un lado expresa que la existencia del amigo ha sido querida y permanece hasta el momento en su singularidad, a pesar de las diferencias. Por otro lado, fortalece la propia identidad personal ya que se aprende a reconocer la continuidad de sí más allá de las variaciones de humor.

⁹ C. Fabro, *Libro dell'esistenza e della libertà vagabonda*, Piemme, Casale Monferrato 2000, n.862, p.150.

¹⁰ Cfr. P. Florenskij, «L'amicizia. Lettera undecima», en *Ibid.*, *Colonna e fondamento della verità*, Rusconi, Milano 1998, p. 505.

La fidelidad recíproca hace brotar una particular energía en el espíritu humano, se superan los peligros y las tentaciones, la comunicación de las almas se vuelven más profundas y el don recíproco de las libertades se renueva incesantemente. La vida común ofrece a los amigos continuas ocasiones para verificar su buena fe y de completarla con la virtud.

En este recorrido la personalidad de cada uno se vuelve más transparente y acogedora, nos entendemos sin palabras, el mundo interior de uno resuena en el otro, nos encontramos siendo "un solo corazón y una sola alma". Hasta el cuerpo refleja la unidad de los espíritus y ambos realizan los mismos gestos sin darse cuenta.

Cuando se alcanza la compenetración entre las personas, la amistad se vuelve indisoluble y la fidelidad recíproca no puede ser quebrada; la dedicación al amigo hace que el yo se encuentre por fin con un gozo nuevo y puro, en un "nosotros" en el cual se realiza la unidad en la diferencia.

Sin embargo, llegar a esta unidad superior excede nuestras fuerzas: requiere la presencia de Dios en el corazón de los amigos. Pero cuando esta unidad se da, la amistad se revela en todo su misterio de participación en la inquebrantable unidad de la vida Trinitaria: el amor divino se encarna en lo cotidiano, haciendo de esta relación un "sacramento", una ayuda poderosa para la constante purificación del corazón y la madurez personal. Un camino exigente y dulce hacia la perfección de la caridad.